

PRESENCIA DEL PENSAMIENTO EUROPEO EN LOS ESTUDIOS ECLESIASTICOS ESPAÑOLES DEL S. XVIII

1. *El siglo XVIII, siglo de contrastes.*

En el proceso de la sociedad española durante el siglo de la Ilustración, es curioso observar el que siguen tanto nuestra Iglesia como los estudios eclesiásticos por ella patrocinados. Montaigne habla de este siglo como de «una vuelta al ruedo», donde la sed de renovación devora a todos los espíritus; cuando «todo es ardor, movimiento, utopía, esperanza, anhelo, violencia, lucha, locura, exceso, furor...»; tiempo en que el hombre que no se atrevía a nada, se atreve a todo y no retrocede ante nada»¹. Un esfuerzo claro y generoso, a veces en el marco de la angustia, se nota por doquier en la España dieciochesca que, de una parte, busca «esclarecerse» a la moda de Francia o de Alemania y, de otra, lucha por conservarse en sí misma, consciente de la validez de sus propias posiciones. Tal vez sea ese famoso «querer» de los españoles que tánto desilusionara a Ortega y Gasset: «¡Los españoles! ¡He aquí hombres que han querido demasiado!»². Sin embargo, si alguna vez hemos querido «algo», es precisamente en esta época, cuando en España lo que más importa es «sobrevivir», aún a costa de notables sacrificios.

A Sánchez Albornoz le repugna la idea de Américo Castro de que en España, «sin la irrupción de las cosas de fuera, el español hubiera seguido alumbrándose con lámparas de aceite, con velas de cera y con teas»; y lo mismo la descripción que hace de esa España «estática y estéril», incapaz de alumbrar nada nuevo ni en los tiempos medievales ni en los tiempos modernos; españoles inadaptados, «prisioneros de su fe», esclavos del dogmatismo³.

1 Ch. Philarete, *Voyages d'un critique á travers la vie et les livres*, 2 ed. (Paris 1869) p. 45. Para P. Hazard, si el s. XVII había acabado en la irrespetuosidad, el XVIII empieza con la ironía (*El pensamiento europeo en el s. XVIII*, Madrid 1948, p. 21).

2 El mismo Ortega considera a este siglo como «el menos español», y no duda en afirmar que «de 1580 hasta el día, cuanto acontece en España es decadencia y desintegración». Añade que «hemos querido querer el querer sin querer jamás ninguna cosa... (por lo que) somos en la Historia un estallido de voluntad ciega, difusa, brutal» (*El siglo XVIII educador*, O. C., II, Madrid 1954, p. 600). Sánchez Albornoz lo dirá con las mismas palabras, pero en sentido contrario: «Somos en la Historia un estallido de voluntad, pero no de voluntad ciega, difusa, brutal. No hemos querido el querer *per se*; hemos querido sostener un ideal de verdad y de justicia» (*España, un enigma histórico*, II, Buenos Aires 1962, p. 488).

3 *España, un enigma histórico*, pp. 535-48, citando a A. Castro, *España en su historia*, 1948. Castro recalca la idea cuando escribe que «la creencia —en los españoles— fortaleció el arrojo y lo hizo eficaz, y a la vez dificultó la mediación inte-